

## EL AMOR EN DON JUAN VALERA\*

*Andrés Amorós*

*Universidad Complutense de Madrid*

Me alegro mucho de estar en Cabra y lamento no conocerlo hasta hoy. Si vengo es con la alegría de que este Congreso se haya podido realizar agradeciéndolo a todas las personas que lo han hecho posible, muy especialmente a Matilde Galera. Es una satisfacción que esto haya llegado a buen fin y sobre todo, comentaba ahora con vosotros tranquilamente, la alegría que me da, perdonen, no se ofenda nadie, ver a jóvenes; al profesor De Coster estoy encantado de verle, pero no es una novedad encontrarlo en un Congreso; lo que me alegra más es que gente joven venga aquí hoy a hablar de Valera.

Comenzaré diciéndoles una cosa en la que creo firmemente: Valera es comparable en España a muy pocos, por muchas razones, pero, por ejemplo, si quieren, es comparable a don Miguel de Cervantes por una cosa, que es la ironía, la inteligencia extraordinaria y eso hace muy difícil de entender a Valera, mucho más difícil de lo que a primera vista parece. La primera vez que leí «Pepita Jiménez» no me enteré de nada, me pareció una novelita sentimental, rosa, sin más. Pero cuando empiezas a ver los trasfondos irónicos, las complejidades que tiene, y no hablo desde el punto de vista académico, no estoy poniendo notas al pie de página, aparece simplemente esa riqueza mental que tiene don Juan Valera. Y una cosa que les prevengo: ojo, cuando lean cualquier frase de don Juan Valera, no se la crean, porque a lo mejor está jugando con nosotros; puede tener doble sentido o un sentido del humor, como pasa con Cervantes; lo que quiere decir que es un gran escritor, porque era una persona de una gran madurez, de una riqueza y una complejidad fuera de lo común.

Esto lo traduce en su literatura y la hace más difícil de entender y a la vez más interesante. Por ejemplo, es como la historia de una cebolla: vamos quitándole capas, cada vez más y nunca se acaba. Así es la lectura de don Juan Valera: puedes releerlo una y otra vez y cada vez puedes sacar cosas nuevas. Hay muchas historias que yo les cuento a mis alumnos para decirles cómo era don Juan Valera, (perdonen que yo les vaya a decir cosas que Vds. se las conocen de sobra). Una vez le encargan en la Real Academia Española que haga el discurso de contestación al discurso de ingreso de un literato que entra en la Academia Española, al que él no estima mucho, más

---

\* Transcripción de la conferencia grabada en cinta magnetofónica.

bien lo desprecia, porque don Juan Valera, dice Azaña, si no me equivoco, de un personaje de «Pepita Jiménez» que era tan orgulloso como el padre que lo parió. Pues don Juan Valera de humilde, nada; él era muy consciente de su sabiduría, de su riqueza intelectual, despreciaba a mucha gente y entonces a este compañero que va a entrar en la Real Academia lo desprecia y hace un discurso de contestación todo en broma. Gracias a su epistolario, a sus ensayos, sabemos que la persona que entraba en la Real Academia no se enteró, lo tomó como un elogio maravilloso y quedó tan agradecido. Bien, pues así era don Juan Valera, comprenden: «un tipo de cuidado».

Paso a contarles si quieren el tema de hoy. La verdad es que este tema es casi un tema vergonzoso; en fin, estas cosas actualmente no se tratan, se hacía hace años. Antes había tesis doctorales del tipo: el amor, la muerte, la naturaleza, en la poesía femenina en siglo XIX, y ahí cabe todo. El amor, la naturaleza y la muerte es el universo entero. Ahora hemos pasado, quizás, al contrario, y suelen ser las tesis doctorales sobre las proposiciones subordinadas concesivas en la tercera parte de la continuación del «Lazarillo de Tormes», por ejemplo. Tampoco es muy apasionante. Bien, yo les hago una cosa como si estuviéramos hace mucho años: «el amor en don Juan Valera». Pero también podríamos decir, porque no quiero ser muy pesado, el amor en don Juan Valera es todo, y ya está; ya habríamos acabado. Pero supongo que me corresponde decirles algo más, algo más que no son teorías mías, sino que ustedes lo saben. Lo único que voy a hacer es un poco leerles algunos párrafos de don Juan Valera, tal y como yo los entiendo, y animarles a leerlo. Les voy a hablar sobre el papel del amor en don Juan Valera, como les decía, en su biografía y en su obra.

Hay un tema que a mí personalmente me preocupa mucho y sobre el que tengo mucha curiosidad: don Juan Valera ¿era optimista o pesimista?, ¿qué creen ustedes?. Pues yo no lo sé. Porque era terriblemente pesimista, a veces, y, a pesar de eso, tenía un empeño decidido por vencerlo todo, por ser optimista. Él cita a Goethe muchas veces: el pasar por el sufrimiento pero ir a la alegría, ir a la luz. Pero eso es muy complicado, no sé si me entienden. Quiero decir que ser optimista y no ser tonto es algo muy valioso; no se trata de un optimismo por las buenas. Don Juan Valera ha pasado por las amarguras, por los desengaños y ahí entran las mujeres. Yo pienso que para él ha sido fundamental, fue fundamental en su visión del mundo, ese oscilar que dice el poeta: «hora de mi corazón / la hora de una esperanza y una desesperación». Pues casi todo eso viene por las mujeres, porque ha tenido experiencias maravillosas, plurales («Plural ha sido la celeste historia de mi corazón», dice Rubén Darío); bueno, pues una historia plural que muchas veces le ha hecho feliz y muchas veces le ha hecho desgraciado. Aunque en su literatura púdicamente no se refleje de modo directo; recuerden la cebolla que les decía. La ventaja que tenemos con don Juan Valera, ventaja e inconveniente, es que, además de ser maravilloso escritor de novelas, de cuentos, de tentativas dramáticas, de poesía también interesante, Valera escribió muchísimo más: muchísimos ensayos y una cantidad extraordinaria de cartas; piensen ustedes que probablemente es el autor del epistolario más extraordinario de toda la literatura española.

Como escribió tanto, no muchas personas han leído la obra completa de don Juan Valera, no muchas personas recuerdan los ensayos y concretamente el epistolario. El epistolario es un documento absolutamente extraordinario, en el sentido íntimo de la palabra, para conocerlo de verdad y además una cosa que hoy no se hace; no me voy a meter en ese tema porque me desvío. Además cartas íntimas, desgarradas, profundas; pero, como un ilustrado, también cartas literarias, maravillosamente escritas. Pues bien, en su relación con las mujeres, primero en la biografía, eso lo sabemos por las cartas fundamentalmente, aparte de las biografías que existen. Les recuerdo brevemente sobre su vida, pues todo o casi todo lo que les voy a decir ustedes ya se lo saben. Primero una experiencia, una relación maravillosa, la de Lucía Palladi, «la Griega» o «la Muerta», a la que conoce él de muy joven y que es su primer amor. En Nápoles cuando él es un aprendiz de diplomático, entonces la conoce y es el descubrimiento de una persona mayor y madura. Fíjense que en Valera hay muchísimos amores desiguales de edad: el viejo y la niña. Por supuesto que se ha hablado aquí del viejo tema, pero en este caso sería un poco lo contrario: no vieja, que sería de mala educación, sino de la mujer madura y el joven. La mujer madura que a través del amor, iba a decir utiliza, digamos más discretamente, a través del amor educa a un joven y, sobre todo, éste lógicamente quiere llevar el amor a un feliz término. Yo creo que a los que nos emociona Valera nos conmueve cuando entonces ese joven brillante y guapo (vean ustedes los retratos) tiene esta relación sentimental con esta señora. Parece que es ella la que pone el freno y, en cambio, es ella la que le hace estudiar lenguas clásicas. Fíjense qué maravilla de joven: enamorarse de una señora mayor y atractiva y que te haga estudiar latín y griego; bueno, de hecho eso es muy importante. Miren, a mí me gusta, me ha gustado mucho Ramón Pérez de Ayala, un escritor bastante cercano a don Juan Valera en muchos aspectos, al que estimaba mucho, claro, en su inteligencia, en su capacidad intelectual, en su ironía. Pérez de Ayala y Valera se singularizan por su formación clásica. Decía en la relación Valera-Menéndez Pelayo: «Usted y yo que somos grecolatinos y clasicotes hasta los tuétanos», eso dice Valera riéndose de sí mismo; clasicotes, claro. Pocos novelistas españoles han tenido esa formación clásica. Pérez de Ayala sí la tuvo por culpa y gracias a los jesuitas, porque se educó con jesuitas. En cambio, don Juan Valera llega, digamos no llega sino que corrobora, aumenta su conocimiento y estudio de las lenguas clásicas, gracias a una mujer educadora; pues ¿qué más se puede pedir en la vida?. La mujer educadora que luego aparecerá en sus obras como un tema bastante importante.

Después ustedes saben que tiene un matrimonio con desigualdad de edad, tema que muchas veces reaparecerá, y un matrimonio, por lo que sabemos, no demasiado feliz o bastante poco feliz. Si ustedes leen el epistolario, hay expresiones bastante duras, bastante fuertes que tampoco hay por qué recordar aquí, pero sí les digo que en Valera hay un motivo de sufrimiento. Luego hay otro episodio que a mí me parece que es fundamental, bueno a mí y a todos, perdonen, lo que yo les digo es tan conocido que me da vergüenza repetirlo.

Magdalena Brohan. La relación con esta señorita, señora, es una relación que la conocemos porque Valera la narra en su epistolario y en la narración de ese episodio

erótico frustrado, llamémosle así, está, yo creo, alcanzando unos límites de sutileza psicológica que no son frecuentes en la literatura española. Si no supiéramos nada y yo leyera eso, pues yo diría: eso quién lo ha escrito. A mí me dan eso y no tengo idea de quién es y entonces digo: esto es de Flaubert o de Marcel Proust. Porque un análisis tan fino de las pasiones humanas, un análisis psicológico tan agudo no es habitual en casi ninguna literatura. Y tanto es así que don Juan Valera, probablemente porque le gusta lo bien que le ha salido, como lo ha descrito, lo incluye en algunas de sus novelas. ¿Qué es lo que pasa con Magdalena Brohan? Pues él se encapricha, se entusiasma, como queramos llamarlo, de ella. Ella le da pie, hay una relación de coqueteo, seducción mutua, le deja ir a su casa y entonces, cuando él acelera, ella frena. Entonces hay una sensación de mucho dolor y mucha amargura; entonces don Juan, que no es tonto, se retira, pero ella otra vez vuelve a abrirle aparentemente su intimidad y él vuelve, y ella vuelve a frenar. Realmente es un episodio y, perdonen, espero que el auditorio femenino no me odie demasiado, es un episodio donde don Juan Valera muestra la crueldad femenina, en fin, de una forma implacable, a mi forma de ver. Lo terrible que puede ser una mujer cuando un hombre está enamorado de ella, y lo maravillosa que puede ser una mujer cuando el hombre está enamorado de ella también. Pues ahí estamos siempre, eso sería otra de las conclusiones, a mi modo de ver, sobre el amor en Valera; además lo dice textualmente, casi me lo sé de memoria, pero da igual, que para un hombre una mujer puede ser el cielo y el infierno; puede ser un infierno, puede amargar la vida, puede destrozar a un hombre y, en cambio, puede no sólo hacerle feliz sino hacerle hombre. Ven los vaivenes que les decía: esperanza, desesperación, optimismo, pesimismo. Por supuesto, también otra relación sentimental, bastante fuerte, la relación con Katherine Bayard, cuando don Juan Valera es ya una persona de una edad avanzada, y para entonces mucho más avanzada, tiene una relación sentimental, siendo embajador en Washington con una señorita que es hija del Secretario de Estado de los Estados Unidos. Fijense, diferencia de edad, problema político y, bueno, don Juan Valera llega un momento en que se retira de esa relación y entonces ella se suicida. Pienso que la edad equivalente hoy a la que tenía don Juan Valera entonces, pues no se qué sería, digamos setenta y cinco años u ochenta diría yo incluso. La capacidad de suscitar un amor tan enloquecido en una joven, en fin, demuestra que don Juan Valera, hasta el final, era una persona de una enorme capacidad de seducción.

Pasamos a los ensayos. ¿Qué vemos sobre el amor y sobre la figura de la mujer?, pues yo les recomendaría, en primer lugar, un texto bien conocido sobre «La cordobesa» y no lo digo porque esté aquí, sino porque se puede relacionar mucho con su visión de la mujer en la novela. Antes de nada les voy a resumir las cosas que yo considero esenciales. Esta serie de libros, que eran herederos del costumbrismo romántico, de los españoles pintados por sí mismos y las españolas pintadas por los españoles; todo eso se lo encargan a él. Él escribe sobre la mujer cordobesa y en medio de párrafos descriptivos aparentemente costumbristas, aparentemente sólo, nos dice un poco de cosas más serias: que aquí, en esta tierra, la mujer «es blanda cera para recibir impresiones» de la naturaleza, «para conservarla sin que se desvanez-

ca». Fijense qué bonita metáfora. Él siempre insistirá en una cosa, dicho en términos vulgares, que en la España de su tiempo, y en Córdoba y en cualquier pueblo, sin necesidad de haber estudiado en la universidad ni en ningún sitio, la mujer tiene una capacidad, una sensibilidad innata, para recibir sensaciones, impresiones, en fin, para aspirar a otras cosas y, claro, de aquí surgirá algo evidente. Este algo es lo de Cadíjea, que es la mujer educadora. Los hombres, probablemente, han estudiado más, han salido más de casa, han tenido más oportunidades; probablemente tienen una vida profesional mucho más brillante, pero son, dicho en términos vulgares, mucho más brutos, más cerrados. Es la mujer la que, con esa facilidad para suscitar, recibir impresiones, puede educarlos, puede refinarlos. Fijense: ahí está Juanita, Pepita y tantas otras, que vienen de ahí, de la mujer cordobesa ésta. Además de eso, él describe a la mujer que es limpia por naturaleza, es hacendosa, es económica. Esto es muy gracioso, le gusta a don Juan que no abandona las llaves de la despensa, que todo lo guarda. Don Juan Valera tiene textos maravillosos sobre su tierra, sus pueblos, sobre estas tierras concretas, pero no es un costumbrista ingenuo; él escribe sobre una Andalucía soñada, recreada sobre una base costumbrista, pero, claro, ustedes saben que sueña en Andalucía cuando está en Bélgica, Rusia, Alemania. Normalmente cuando viene aquí, al poco tiempo, está que ya no aguanta más y se tiene que ir. Para él Andalucía es su *locus amoenus*, su paraíso soñado, que encarna en una serie de virtudes patriarcales, en el espíritu, en los tiempos patriarcales, etc. Esto sería *La cordobesa*.

Hay otro texto de madurez, importante, que son las *Meditaciones sobre la educación humana* y dentro de eso hay un capítulo, el décimo, fijense qué aburrido suena el título, entonces se escribía así: «Importancia de la mujer en el progreso y cultura del linaje humano». Parece que va a ser un rollo tremendo, o puede ser simplemente, diríamos, un piropo del viejo don Juan, pero no es así; es que se lo plantea en serio y con una originalidad verdaderamente curiosa. ¿Cuáles son sus conclusiones? Primero, les voy resumiendo rápidamente, que la superioridad de la mujer es absolutamente evidente sobre el hombre. Segundo, que es falso poner el fundamento del amor, dice él, en ciertos órganos materiales, físicos, que no es eso sólo; ojo, no estamos en una visión edulcorada, blanda; no, nos dice algo que se podría decir hoy muy bien. Pienso yo que el sexo no es sólo material, no es sólo órganos genitales, que el sexo impregna todo; está en la cabeza, en la sensualidad, en la visión del mundo. Entonces, según Valera, que no es feminista extremo, la mujer cría al hombre, no sólo materialmente, sino también moralmente, intelectualmente; que es, por supuesto, el mayor estímulo del hombre porque sin ellas los hombres valdrían mucho menos; que les dan a los hombres confianza en su propio valer y sobre todo que la mujer es como un «zahorí», fijense que metáfora, esas personas que van por el campo y que en un terreno yermo, estéril, dicen «aquí hay agua» y la descubren. Pues eso hace la mujer con el hombre: descubrir las posibilidades que el hombre tiene y que él no ha advertido todavía y descubriéndoselas hace posible que el hombre aspire a realizar sus posibilidades. Fijense que es más o menos la teoría que normalmente desarrolla Pedro Salinas. Si ustedes recuerdan: «Perdóname por ir así buscándote / tan torpemente dentro / de ti.

/ Perdóname por el dolor, alguna vez. / Es que quiero sacar / de ti tu mejor tú. / Ese que no te viste y que yo veo, / nadador por tu fondo, preciosísimo. / Y cogerlo / y tenerlo yo en alto (...). / para llegar a él / subida sobre tí, como te quiero.» Pedro Salinas lo dice referido a la mujer, pero en don Juan es la mujer la que ve los distintos «tú», las distintas posibilidades del hombre y la que tira de él hacia arriba. Esto lo ilustra con un ejemplo que ha tomado, porque don Juan leía mucho, pero, además de leer mucho, el escritor bueno, de categoría, no es sólo el que lee más o menos, sino el que sabe sacar provecho de lo que lee.

Él leyó a una señora americana, Rosa Cleveland, y, a partir de una historia, se inventa una teoría (o a partir de una anécdota que ha leído) sobre la cual les van a hablar a ustedes con más detención en este Congreso: es el cadijeísmo. Les leo: «Cuando ya Mahoma había vencido todos los obstáculos» etc, etc. (les leo saltando), tenía muchas mujeres. «La más bella, la más joven» se atrevió a quejarse diciéndole que por qué la amaba a ella menos que a su primera mujer Cadijah, harto menos bonita que ella y ya anciana. Y Mahoma entonces (voy saltando, porque don Juan lo dice todo un poco florido y retórico) dice: «¡No, por Alá! No puede haber mujer más noble que Cadijah ni por mí más amada (...); ella creyó en mí cuando me despreciaban los hombres» y eso ya es un regalo para toda la vida. La mujer zahoí es la que penetra por los ojos del alma, es la que hace ver y entender al hombre los gérmenes ocultos y con su amor despierta esos gérmenes ocultos y ayuda a que se conviertan en realidad. Eso, pues, es prácticamente un milagro. Por eso la mujer tiene un inmenso poder. La mujer en relación con el hombre que la ama, tiene un inmenso poder para el bien y para el mal, para la felicidad, para el sufrimiento. Y da ejemplos de Aristóteles, Salomón, Onfala, Elena de Troya, etc. Y además de eso don Juan, siempre galante, la encarna a la mujer como la más pura idea de la belleza. Son no sólo diosas, que sería un piropo, sino adivinas.

Hay otro texto también bastante importante, esta mañana se ha comentado que es el prólogo a *Dafnis y Cloe*. Al final de ese prólogo discute don Juan que si esto es una novela realista o no, cosa que a él tampoco le importa mucho. Fíjense que don Juan Valera dice de la novela cosas tremendas, dice: a mí me interesa, me gusta más, una novela de Walter Scott que toda *La comedia humana* de Balzac. ¿Cómo se puede decir eso que, objetivamente hablando, es un disparate en crítica literaria? Porque a él no le interesa la novela realista; la verosimilitud no le importa. Le interesa crear belleza, le interesa también reflejar la realidad de la vida que son hombres y mujeres y conflictos, diríamos psicológicos, diríamos, con términos de hoy, la secreta guerra o paz de los sexos. Pues bien, a partir de *Dafnis y Cloe*, que sí es verosimilitud, las creencias en ciertos seres, el amor como figura alegórica, lo que le importa es que Dafnis y Cloe, en completo estado de naturaleza, se aman antes de saber que se aman y eso logra expresarlo el autor con una sencillez clásica natural. Dice: si el autor hubiera puesto en estos amores algo más sutil, más etéreo, más espiritual hubiera sido tonto e insufrible; lo bueno, lo magnífico es que presenta el amor como algo natural. Y eso es terrible, eso es una fuerza de la naturaleza contra la cual resulta muy difícil luchar y por eso, dice, su obra es la mejor, la más natural, sirve de modelo a muchas y

hasta una que compuso un español hace pocos años siendo amigo mío, con el título de *Pepita Jiménez*. Eso será también el modelo de una novela de Pérez de Ayala, una novela doble, *Luna de miel, Luna de hiel*. Novela, dice Pérez de Ayala, no, erótica; erótica no en el sentido actual de la palabra, sino lo que llamaban los griegos «erótica», los latinos, novelas de amores, historias de amores, pero como algo básico, como una experiencia humana esencial y aquí, además, la fuerza de la naturaleza.

Esto se refleja también en los cuentos de don Juan clarísimamente: la importancia del amor de la mujer educadora. Les voy a recordar solamente dos que aquí resulta absolutamente obligado recordarlos: uno el *Bermejino Prehistórico*, y otro *El Cautivo de Doña Mencía*. Don Juan, de vez en cuando, hacía relatos aparentemente históricos. ¿Porque le gustaba la novela romántica que era histórica? No. Dice Montesinos muy bien que don Juan Valera en algunos aspectos, en alguno sentidos era, perdonen, moderadamente vago, es decir, noble y divertido, incapaz, pues, de hacer toda la documentación histórica que requiere una obra sólidamente fundamentada. Pero él no ha estado un año para escribir el *Bermejino Prehistórico*, por supuesto que no. A él le divierte situar en otra época un caso, un caso humano, un caso psicológico, un conflicto, un problema, y entonces dice: ahora lo sitúo en la prehistoria, pero en la prehistoria de mi tierra de la cual sabemos poco, y él sabe algo, pero tampoco demasiado y eso le permite mayor libertad para tratar el caso. También le permite que no le discutan si es verosímil o no. Fíjense bien, quién iba a saber cómo eran los bermejinos en la prehistoria; eso es un juego de ingenio; da lo mismo, lo que importa es la permanencia de los conflictos humanos desde la prehistoria hasta hoy. Pues bien, ¿qué nos dice sobre este tema *El Bermejino Prehistórico*? Que la verdadera mujer es «un producto artificial», que no basta con tener el sexo femenino para ser una verdadera mujer sino que es un producto artificial, hecho de sensibilidad, de una serie de cualidades innatas, que no se aprenden en la universidad y que, por eso mismo, lo que suscita es cierta adoración; que la mujer por definición aspira a la belleza, se afana por lograrla. Por eso, y si quieren nos ponemos pedantes y hablamos de Plotino y del Neoplatonismo, pero da igual, como se afana por entender y lograr la hermosura, aspira a la hermosura, se hace hermosa. Claro, porque alguien se hace hermoso cuando aspira a la hermosura. Porque hay una idea evidente neoplatónica de la semejanza, de afinidades sentimentales, pues la mujer aspira a la belleza. La conclusión entonces es que los seres humanos, en concreto la mujer que toma la iniciativa, mientras más ama, se hace más digna del amor, «porque el amor hermosea y sublima los espíritus». Amando nos hacemos más amables, más dignos de suscitar amor y de ser amados. Donde estamos viviendo nosotros ahora hay un caso de lo que llamaba antes cadijeísmo; les leo sólo la frase fundamental: «Ella me infundió la fe que en mí puso, ... ella me obligó a ser grande» (fíjense qué frase más bonita), «ella, la mujer amada, hace muchos años me obligó a ser grande», ninguna ha derribado a «la mujer que me reveló a mí mismo mi ser propio». Y otra frase también que podía ser el resumen de la idea del amor en don Juan Valera: «su amor sembró en mi espíritu el germen de todo lo bueno y de todo lo noble que he podido hacer en mi vida».

Todo esto se lleva a la novela con una serie, además, que es muy curioso, de tics narrativos, de cosas que se repiten, como es lógico. En las novelas de Valera hay muchos hijos ilegítimos, viudas, hijos rivales de padres, viejos y niñas, hay mujeres vistas a través de una celosía. Ustedes dirán, costumbrista; porque en Andalucía había celosías, no sólo eso, verdad, mucho más evidentemente. Hay siempre, o se repite mucho, una mujer que tiene instinto de limpieza, de discreción, de ingenio sin necesidad de lectura; igual que la cordobesa, igual que Juanita, igual que Pepita, etc. Mujeres que, muchas veces, contra los tópicos que circulan sobre Andalucía, son rubias de ojos verdes, mujeres que son tan blancas que parece que se les ve la sangre a través del cuello: un viejísimo tema desde el petrarquismo, a través de la mano. Por supuesto, repite mucha veces esa escena en la que los enamorados se miran la mirada y también podríamos hablar de platonismo, etc., que conduce al beso. Pero lo que más se repite es que él (el chico, el personaje masculino) está dando un discurso filosófico más o menos pretencioso y ella entonces lo corta, o la naturaleza, da igual; ello, es natural, acaba con toda la retórica y con todas las pedanterías del varón y surge el beso y ya está. Entonces, la mujer es más directa, mucho más poderosa porque tiene esa fuerza de la naturaleza. Lo vemos, un poquito, en algunas de las novelas; perdonen, no me quiero alargar demasiado.

La primera, en *Mariquita y Antonio* que les recomiendo muchísimo, ya lo saben: *Mariquita y Antonio* obra no acabada y no lograda estéticamente del todo probablemente, pero donde está en germen también casi todo don Juan Valera; como podemos ver, está allí. También y a través de una serie de intrigas a veces decimos, pero ¿cómo cae en eso si eso parece romántico? No le importa a don Juan Valera, como al novelista contemporáneo no le importa tanto el argumento, los episodios, sino a través de eso que nos está diciendo. Nos dice, pues, cosas. Primero, el origen autobiográfico que incluye cartas sobre Magdalena Brohan. Fijense, cuando él sufre mucho con esta mujer escribe: «Tendré que escribir una novela». Y, claro, dice Azaña, esa novela es la sublimación estética de un fracaso erótico. Y, a lo mejor, eso le pasa siempre a Valera, o, a lo mejor, le pasa a más gente. Porque probablemente en la locura de la plenitud erótica para qué escribir. Pero recuerden ustedes que no es Valera, sino otro poeta, el que dice «se canta lo que se pierde», etc. etc. El amor es el misterio, lo único que me enamora, el misterio, y sobre todo el misterio del alma femenina. «Hay en Granada un objeto que excita vivamente mi curiosidad. Es este objeto el alma de una mujer». Y distingue en broma, irónicamente claro, pero en serio también, van juntas las dos cosas, a la doña Mariquita Celeste y a la doña Mariquita de por allí y se pregunta quién es capaz de penetrar y de llevar la luz al oscuro abismo del alma femenina. Fijense en esta frase también: «llevar la luz al oscuro abismo del alma femenina». Dentro de la novela realista, llamémosle así, española del siglo XIX don Juan Valera se singulariza, por supuesto, por la complejidad psicológica del alma femenina. A mí me gusta mucho y alguna vez he comentado un párrafo en el que comenta que eso era como el paisaje de un mar andaluz: brillante, espectacular, precioso con el sol refulgiendo sobre las aguas, y debajo, en la profundidad, en la oscuridad, Dios sabe qué monstruos. Bien, eso es también el



amor: luz, brillo y Dios sabe qué hay debajo, ¿quién podrá llevar la luz al fondo de ese misterio que es el alma femenina? Pero además, en definitiva, la mujer, el amor, es el único objetivo que vale la pena, aunque nos arrastre a ese abismo. En suma, la vida es desabrida sin un fin, sin un objeto; el que yo doy a la mía será malo, será detestable pero es poético. Ángel o demonio, Mariquita es algo más que una mujer; eso es lo que cree Antonio, pero Valera sabe lo contrario: que Mariquita es una mujer y que en eso, ser ángel o demonio, consiste el ser mujer.

En *Pepita Jiménez* hay dos aspectos fundamentales, que quiero recordarles muy rápidamente: el amor unido a la naturaleza. Ya lo he apuntado antes que no es costumbrismo de ninguna forma. Esta mañana se les ha dicho muy eruditamente que viene de fondo muy profundo, muy clásico de lecturas; pero que esta tierra para don Juan Valera es su *locus amoenus*, es su paraíso terrenal, soñado por supuesto, el paraíso no existe en la tierra; es la nostalgia de un paraíso perdido. Entonces surge siempre el amor, ha estado aletargado durante un largo invierno, y ahora, con el sol de la primavera, simbólicamente se rompe la costra de hielo y corre otra vez el agua fresca. «La tierra toda parecía entregada al amor en aquella tranquila y hermosa noche». Y, perdónenme, esto no es porque diríamos, que en Andalucía hay muy buen tiempo y las noches son muy templadas; no, es otra historia y probablemente es que esto es exactamente igual que en *La Celestina*, que en *Romeo y Julieta*, que en *El sueño de una noche de verano*, porque esto no es costumbrismo localista sino el mito universal, renovado una vez más, de la noche, del amor, del paraíso, «mientras responda el labio suspirando / al labio que suspira». También el amor unido a la mística; eso nos llevaría bastante lejos. Unido a la mística; don Juan Valera utiliza esto y juega con muchísimas capas, se ríe de sus contemporáneos que no le entienden y se burla de los krausistas y dice que hace un florilegio de místicos y hay que hacerle caso, pero tampoco hay que hacerle caso, y se ríe de los de derechas porque son muy brutos, pero lamenta tener que reírse de los de izquierdas, que tenían que ser sus amigos, pero son tan brutos y a lo mejor más terribles que los de derechas, y entonces está lanzando toda clase de cortinas de humo. ¿Qué pasa aquí con la mística? Pues miren ustedes, yo creo que pasan dos cosas en relación con el amor. Por un lado, los místicos españoles, me refiero, claro, a Santa Teresa, a San Juan, que no sólo han sido grandísimos místicos sino que han sido además maravillosos escritores y además personas que, para intentar reflejar por escrito lo inefable, llegan a unas sutilezas en el análisis psicológico extraordinarias. Piensen que después de don Juan Valera hay personas que no son especialmente creyentes, como Américo Castro, que escribe sobre temas de la Santa, como otros escritores a quienes no les importa que sea verdad o no ese éxtasis, pero dicen: qué forma de analizar primorosamente.

Podríamos seguir viendo textos y más textos de sus novelas, de sus ensayos, de sus cartas y no acabaríamos nunca de analizar y de profundizar, por esa riqueza y esa complejidad y esa madurez de don Juan Valera de que les hablaba al principio de mi intervención. Muchas gracias.